

El día especial de papá

Había una vez una niña muy alegre llamada Laia, que vivía con su papá de 47 años. Laia estaba muy emocionada porque aquel era un día muy especial: ¡el Día del Padre!

La niña se despertó temprano y corrió hacia la habitación de papá con una gran sonrisa. «¡Buenos días, papá! Hoy te celebraremos como nunca!» dijo con entusiasmo. Papá, con los ojos medio dormidos, sonrió y la abrazó fuerte.

Juntos, empezaron el día con un desayuno lleno de galletas en forma de corazón y un zumo de naranja que Laia había preparado sola. Después, dibujaron un gran póster con colores vivos, donde escribían: «¡El mejor papá del mundo!» y lo colgaron en la pared del comedor.

Por la tarde, salieron al parque a jugar a pelota. Papá corría detrás de la pelota y Laia corría detrás de él, riendo sin parar. Cada vez que papá hacía un buen lanzamiento, Laia aplaudía con fuerza y gritaba: “¡Eres el mejor papá!”.

Cuando el sol empezaba a ponerse, se sentaron bajo un árbol y miraron el cielo lleno de colores naranjas y rosas. Laia puso la cabeza en la falda de papá y le dijo: “Gracias por ser mi papá y por jugar

siempre conmigo.” Papá la miró con ojos llenos de amor y le respondió: “Y gracias a ti, Laia, por hacerme sentir tan especial todos los días.”

Y así, entre abrazos y risas, terminaron un día perfecto. Laia sabía que no había nada más bonito que celebrar el Día del Padre.